

MI PASO POR LA ESCUELA. Rafael Fernández Muñoz.

Cuando me pongo a recordar mis primeros años de vida y mi primer contacto con la educación y la escuela, siento que mis sensaciones y mis recuerdos no son diferentes a los que cualquier otro niño o niña de mi edad pudiera tener de aquella época. Tuve afortunadamente un hogar, un padre y una madre, que siempre se preocuparon por nosotros. Puedo decir alegremente que tuve una infancia feliz. Esta preocupación en todos los sentidos y este amor por parte de mis padres facilitó siempre que llegáramos ilusionados a la escuela. Pocas veces lloré por ir al colegio, nunca me quedé en casa porque lloviera o hiciera frío, había que ir a la escuela eso no tenía discusión, acudí a la guardería, así se les llamaba entonces y también fui al preescolar, el cual que eran tan sólo dos años entonces. De esta época solo tengo muchos y buenos recuerdos y como decía antes el aspecto étnico no interfiere de una manera obvia en mi vida, ya que la conciencia en cuanto a este hecho y su influencia era aún relativa para mí a esta edad. Llegué a la primaria con seis años en septiembre de 1991 recuerdo perfectamente como ponía la fecha en la pizarra el primer día que llegamos, fue la primera vez que supe que teníamos fechas y que vivíamos en un año concreto. Empecé como todos los humanos a enfrentarme con el tiempo, con un tiempo que aunque suene tópico pasa muy rápido, pues hoy aquí sentado siento que soy aquel mismo niño de seis años que comenzaba su vida y su andadura escolar con todas sus buenas y malas consecuencias.

Mi paso por lo que en aquel momento era la E.G.B puede decirse que fue bastante bueno disfruté mucho de mis años de colegio y tuve siempre muchos amigos. Ninguno de ellos gitanos pues allí casi no había y en Málaga no tengo familia así que mi infancia y gran parte de mi adolescencia la pasé casi siempre entre payos. Nunca tuve un problema de racismo directo, tampoco nadie lo sabía durante los primeros años, porque a mí en aquella época no se me notaba, tampoco nadie me preguntó nunca. Pero según vas creciendo te vas haciendo consciente de detalles que empiezan a acumularse en tu mente, en tu memoria. Empiezas a escuchar comentarios típicos y tópicos, puntualmente tus compañeros hablan de su rechazo a la etnia, mi madre me ha dicho que con los gitanos no me junte, que los gitanos son ladrones, huelen mal, son mala gente. Recuerdo que algunas veces a los niños les quitaban un reloj o algo de dinero en la calle, estos ladronzuelillos infantiles eran siempre gitanos, han sido dos gitanos, dos gitanos. Era mi primer contacto con el rechazo, con una intolerancia diluida por el traje infantil de la inocencia y la bondad de la ignorancia.

Aún así terminé ambos ciclos de manera satisfactoria progresando adecuadamente y a veces también asimilando notablemente. Probablemente a lo largo de toda mi vida escolar fue la inconstancia mi gran lastre, por lo que de vez en cuando mis profesores y mi padres tuvieron que apretarme los machos, creo sin duda que esto fue lo que me hizo no desviarme en exceso del camino. Por una parte el tener una familia estructurada y firme, que a pesar de tener un pasado humilde ha conseguido con el tiempo acrecentar su interés por la promoción social y el enriquecimiento humano. Traduciendo esto en una atención constante a sus hijos. Por otro lado tuve suerte de tener maestros y maestras preocupados por sus alumnos y alumnas. Hoy por hoy pienso que esta es sin duda una de las batallas más complejas a solucionar en la relación entre comunidad gitana y escuela; por un lado el valor de uso que la familia gitana debe aprender a darle a la escuela, para poder apreciar su importancia vital. Por otra parte el desinterés y la falta de expectativas que muchos profesionales de la enseñanza tienen frente al alumnado gitano que llega a sus aulas y que mina y merma la eficacia y la calidad de la labor docente de manera radical.

En la secundaria todo empezó a cambiar principalmente nosotros y nosotras, nuestro cuerpo y nuestra mente se acercaban a la adolescencia y la subida de hormonas parecía transformarnos en bobalicones. Aún así pienso que nunca me deje llevar del todo por la inercia de la niñatería que nos envolvía. Todas las notas incluidas las mías empezaron a bajar y algunos compañeros y compañeras empezaron a comportarse progresivamente mal y a cada curso peor. El ambiente de las aulas se enrarecía con las bromas pesadas y el desinterés académico, que parecía propagarse como una mecha encendida. Quizás fue la época escolar en la que más noté el peso de la diferencia y lo crueles e intolerantes que podemos llegar a ser con aquellos que no son iguales que nosotros. No digo esto por mí sino por aquellos y aquellas compañeras cuya imagen estética o su manera de comportarse no correspondía con el patrón instaurado, aquello no pasaba desapercibido y muchos lo sufrieron con collejas, risas maliciosas a coro y otro tipo imbecilidades.

Aún así mi instituto era de lo mejorcito en ese sentido y siempre hubo límites que nunca se sobrepasaron. No fue mi mejor época en lo académico, en cuanto a lo demás fue época de experimentación, algunos aciertos y muchas equivocaciones que terminaron formando parte de una fase más de mi desarrollo personal.

En cuanto a mi identidad como gitano algunos de mis mejores amigos ya la conocían y nunca me preguntaron nada pero otros que se enteraban, directamente no lo creían, es curioso, porque mucha gente pensaba que era algo que yo me inventaba. El peso del estereotipo es tanto y tan fuerte que no nos permite aceptar una idea diferente aunque tengamos la prueba delante. En esta época si tuve que soportar mucho rechazo indirecto y comentarios poco acertados no sólo de los compañeros, sino también de mis profesores, tuve que aguantar el escuchar, como alguno de estos últimos decía que no sabíamos vivir en un piso, que estábamos “asalvajados” y que era imposible cambiarnos. La impotencia que a veces se siente en este sentido se transforma en un sentimiento de rabia porque sientes que tu testimonio es una gota en un mar de rechazo y desconocimiento. Aún así vas aprendiendo a sortear estos conflictos para que no te afecten siguiendo la ruta que poco a poco empieza a definir tu vida. Alrededor de esto se mantenía una intimidad familiar en la que la cultura se confirmaba y se mantenía viva no con pocas dificultades, pero el sentimiento de pertenencia al grupo es tan fuerte e inunda tu corazón y tu alma con tanta fuerza, que de una manera casi inconsciente sigues manteniendo viva esa forma de entender y de actuar que la cultura gitana posee.

Según te haces mayor te das cuenta de la importancia y de la fuerza que tiene ese sentimiento y luchas constantemente por seguir siendo lo que eres, pero no es una lucha pesada, el sentimiento de pertenencia es de alegría, de comunión, de reconfirmación con tus raíces y tu historia. Es conocer quien has sido y de donde vienes para saber quien quieres ser y adonde quieres llegar. Es una manera de no perder el norte y aunque titubees en el camino siempre tendrás la posibilidad de encontrar un referente cerca que te ayude a no perderte.

El bachillerato pasó rápido hice el de ciencias de la salud por ser el que más puertas universitarias me abría y debido a esa inconstancia que antes comentaba mi nota final con la selectividad no me daba muchas posibilidades de elección un 6,08 eso fue lo que obtuve. No me llegaba para enfermería y viniendo de ciencias lo más acertado me pareció hacer Biología, es una edad difícil todavía no has madurado demasiado y tampoco te conoces lo suficiente como para poder hacer una elección tan definitiva vitalmente hablando y allí me pasé cuatro años uno detrás de otro. Aprobando poco y aburriéndome progresivamente sabía que la media de fin de carrera estaba en unos 7 años por eso tampoco me alarmaba mi retraso. Pero lo que me hizo despertar entre otras cosas fue mi actividad paralela en el voluntariado social, en talleres con los niños y niñas gitanas, mi

participación y colaboración en encuentros, congresos y jornadas de carácter social dentro y fuera de la comunidad gitana. Aquello empezaba cada vez a ocuparme más terreno, veía como se me daba bien, sabía que allí yo podía potenciar y maximizar mis capacidades y que lo más importante es que en este ámbito yo me sentía feliz. He trabajado desde los 17 años y desde que entré en la universidad siempre me pagué la matrícula. Pero vivo con mi familia y aunque es mi vida, tenía que explicarles que después de cuatro años me iba de la carrera sin saber ni siquiera que quería hacer, tras diversas trabas y dificultades a la hora de encontrar plazas en trabajo social o educación social terminé en Pedagogía y sin darme cuenta encontré mi sitio, he encontrado sin duda mi labor y mi vocación, he encontrado el ámbito desde el cual maximizarme profesional y personalmente.

La universidad se ha convertido para mí en estos últimos tres años en un lugar de testimonio, de cambio, de referencia, he creado junto a otras compañeras y compañeros una asociación de estudiantes así como con la colaboración del decanato hemos instaurado un organismo oficial de representación estudiantil dentro de la facultad; un consejo de estudiantes, éste ya existe a nivel de la universidad pero a nivel específico de la facultad somos de las pocas facultades de España que lo poseen. A parte de defender y representar a los estudiantes, organizamos actividades culturales en donde me esfuerzo siempre por comunicar y transmitir otra perspectiva otra realidad de la comunidad gitana, me he dado cuenta que con esfuerzo y dedicación es posible provocar cambios que aunque sean pequeños no dejan de ser importantes.

Me estoy formando en un lugar donde puedo demostrar con pruebas, la fuerza y las ganas de cambio que la juventud gitana tiene, me empapo y aprendo cada día en las clases y en mi labor como representante estudiantil me esfuerzo por colaborar y hacer una universidad mejor. Desde hace dos años trabajo en la fundación secretariado gitano, he trabajado en el programa de atención educativa en Andalucía, el PAE, y ahora trabajo en un centro de acercamiento de las nuevas tecnologías a zonas desfavorecidas, soy locutor de radio de un programa sobre cultura gitana que se llama *como tú*. Y soy participante activo del consejo andaluz de la juventud. Y aunque mi abuelo el pobre siempre me pregunta cuando voy a empezar a ganar dinero, mi objetivo es seguir estudiando y sacar el doctorado. Puedo decir sin duda que estoy en mi mejor momento y aunque mis días son una locura y a veces me saturó, no me pesa, porque estoy haciendo lo que quiero y se que de una manera u otra estoy dando paso a que otros y otras jóvenes

gitanas, se den una oportunidad a ellas mismas para crecer y sentirse mejores personas y más felices.

Cuando repaso mi experiencia vital y mi trayectoria académica para extrapolarla a la situación actual de la comunidad gitana, en cuanto al resto de la sociedad, tanto en los procesos sociológicos y socializadores más comunes, como en los estrictamente educativos, me surgen rápidamente varios conceptos fundamentales: familia, escuela, sociedad, cultura, miedo, indefensión aprendida, ansias de progreso, tradición, estancamiento, desconocimiento, fuerza, pasión,...Para estructurar mi reflexión en este sentido, en la relación de los gitanos y gitanas con el contexto en el que se mueven y viceversa, podría ir descuartizando y analizando punto por punto cuales son las condiciones que en este sentido se pueden estudiar, pero pienso que esto sería añadir más de lo mismo, más de lo que probablemente todas y todos aquí ya conocemos, prefiero acercarme a lo que he aprendido yo y como veo el mundo y mi cultura ahora que poseo las herramientas para evaluar a mí mismo y al mundo que me rodea.

Hablar del mundo gitano es hablar de pasión y melancolía, de dolor y de alegría, es hablar de una cultura enigmática, carismática y también es hablar de una cultura tristemente abocada al olvido. El gitano arrastra el peso de su propia historia allá adónde va y a pesar de ello, a pesar de la fuerza y la actualidad del rechazo y el miedo que aún produce allá donde llega, se esfuerza por sobrevivir. Los gitanos que llegaron a España no fueron diferentes en este aspecto y a pesar de las penurias que pasamos aún nos identificamos como pueblo, un pueblo con secuelas, un pueblo que en una porción importante está tocado y enfermo, pero que por otro lado sigue esforzándose por renovarse, por crecer, por demostrar que se merece, igual que todos, ser tratado como personas. Personas que han de aportar, trabajar y estudiar. Personas que se merecen ser y estar y que merecen poder hacerlo en paz.

Creo que de alguna manera nuestra sociedad o un sector de ella se dirige en algunos ámbitos hacia una "discapacidad-incapacidad" emocional que nos obstaculiza el desarrollo de una empatía profunda con nuestros iguales, de manera radical tendemos al enjuiciamiento, a la sentencia, al etiquetaje... muchas veces inconscientemente. En ocasiones cuando miro a los primos y primas de esos barrios tan difíciles que todos conocemos, pienso, que si ya de por sí es complejo y dificultoso llegar a convertirnos en personas completas y realizadas partiendo desde una situación vital y digna, desde una situación vital en la que los derechos y las necesidades básicas esenciales estén

cubiertas. Más se complica este proceso cuando las condiciones de partida rayan tan a menudo en lo inhumano, en lo inhumano, me pregunto entonces cuánto más trabajoso se vuelve el proceso de crecimiento humano cuando hay que esforzarse por poder sobrevivir, antes de poder ni siquiera empezar a pensar en vivir.

El ansia por mantener viva su cultura, y la necesidad de subsistir, ha condenado durante siglos a los gitanos a trabajos manuales de los que se hicieron maestros, como única vía de sustento, y en estas últimas décadas de modernización en las que los antiguos empleos no valen, no sirven, el pueblo *rom* se ha visto desprovisto de herramientas, desprovisto de todo conocimiento ajeno a su propia cultura y contexto más cercano.

Su miedo a salir de su propio círculo es quizás ahora más determinante que nunca, pues sus opciones de vida se reducen prácticamente a cero si no adquieren el valor para beber de lo que creen y piensan que no es suyo. Piensan equivocadamente que aquello que les han negado durante años es propiedad y característica de los gachós y de su mundo, de un mundo que creen que deben rechazar. Es así como empieza el bucle de la degradación social y personal que podemos observar en una parte aún demasiado numerosa de la comunidad gitana.

En este sentido es donde el trabajo del buen educador debe tener al menos la intención de penetrar, interpretar y comprender las motivaciones, el significado de las actuaciones y actitudes humanas de las personas con las que trabaja. El educador, el pedagogo social debe esforzarse en entender y conocer a los demás, a la vez que se conoce progresivamente a él mismo, fomentando la disposición al crecimiento y al cambio.

Tanto fuera como dentro de nuestro hacer personal y profesional siento que es indispensable librar nuestra cabeza de los prejuicios tan profundos y que de manera casi natural hemos desarrollado dentro de los procesos culturales por los que pasamos a lo largo de nuestras vidas. Pues solo así podremos tener la capacidad suficiente para entender lo diferente, aquello que en teoría no nos pertenece y que inconscientemente nos causa miedo y rechazo. Probablemente es esta una de las tareas más arduas y complejas a las que debemos enfrentarnos como personas y educadores, ya no solo para interiorizarlas y llevarlas a cabo de manera interna, sino para transmitir las y contagiarlas a nuestros educandos, a las personas con las que trabajamos, en nuestro caso transmitirla a las familias, a los niños y niñas gitanas.

Probablemente, tal y como se plantean los contextos y ámbitos en los que trabajamos, sería más útil y productivo estructurar el trabajo desde abajo, de manera comunitaria, haciendo protagonistas a las personas de sus propios cambios, propiciando espacios de encuentro desde los cuales sean los propios interesados, así como todos los agentes sociales de sus contextos, los que desarrollen soluciones a sus necesidades y carencias. Partiendo de ahí se canalizaría el proceso hacia arriba llegando a la administración y a los poderes sociopolíticos convenientes, para crear una estructura bidireccional y dinámica que sirva de base a las acciones que desde el acuerdo se plantearan.

Es sin duda éste uno de los planteamientos más radicales que desde el buen sentido de la palabra planteo, es decir, atajando el problema de “raíz” y creando soluciones reales y útiles. Tal vez, como antes indicaba, el hecho de enfocar los cambios desde un cierto carácter esencialista, sea contraproducente o demasiado ambicioso para las expectativas de una Educación y una Pedagogía social que se enfrentan a un momento cuanto menos complejo, aunque aún así, es sin duda en estos momentos difíciles a lo largo de la historia cuando el papel de los educadores y pedagogos se vuelve esencial y fundamental.

Es conveniente que sin olvidar la perspectiva integral y globalizada de la sociedad con la que debemos trabajar, fuéramos capaces de personalizar nuestra acción para simplificar las metas, lo que vengo a decir es que si queremos cambiar el mundo es muy posible que este cambio sea una consecuencia de cambiar, no el mundo en su aspecto más global, si no en modificar las formas de vida de los que vivimos en él, si nos concentramos en hacer despertar mente por mente, vida por vida, haciéndolas conscientes de las posibilidades que tienen y de lo especial que cada persona puede llegar a ser, dotaremos de sentido a nuestro trabajo librándonos en mucho de la frustración y mejorando sin duda nuestra labor.

Es cierto que este proceso de hacer despertar es complejo y lento, que no obtenemos en nuestra cotidianidad los resultados que esperamos como educadores y educadoras preocupadas e implicadas en nuestra labor, pero por eso mismo se vuelve indispensable asimilar y aceptar la naturaleza lenta y progresiva inherente al propio proceso de

transformación humana. Si aprendemos esto reduciremos en mucho el desengaño y podremos acoplarnos más fácilmente a la lenta temporalización del cambio.

Aún así, si valoramos nuestra situación como pueblo echando una mirada cincuenta años atrás, hallaremos síntomas claros de mejora y progreso que deben animarnos, ya sea en nuestro rol como gitanos y gitanas o en nuestro rol profesional.

Los síntomas que deben dirigirnos al optimismo son varios, entre otros: el aumento potencial de los niños y niñas escolarizados, la diversidad y cantidad de empleos y profesiones que hoy por hoy son desarrollados por personas gitanas, la presencia cada vez más fuerte de una juventud formada y titulada que se va haciendo un hueco en la universidad y que no dudan en alzar su voz para romper una lanza a favor de su cultura. Porque ahora tienen las herramientas, el conocimiento, la objetividad suficiente para evaluarse a ellos mismos y a su propia cultura. Ahora pueden hacerse conscientes de las cosas que deben esforzarse en mantener por su bondad y de aquellas susceptibles de cambio por su incompatibilidad con la actual sociedad.

Estas personas, estas gitanas y gitanos, no pierden su esencia sino que la hacen aún más fuerte, porque saben qué son y por qué lo son, porque como dice mi primo Juan José Flores han llegado a ser sin dejar de ser.

Debemos plantearnos nuestro concepto de la Educación y cuestionar el significado que desde nuestra cabeza le damos a una palabra tan profunda e importante que en su uso cotidiano parece ir desprendiéndose de su esencia más fundamental. No se trata de generar masas de universitarios y titulados, de intelectuales o de grandes empresarios y técnicos, la educación va mucho más allá de lo académico, la Educación es crear personas con todo lo que ello conlleva, personas libres, críticas, autónomas, capaces, cabales y coherentes. En definitiva y apoyándome en las palabras del filósofo, naturalista y sociólogo Herbert Spencer: *“El objeto de la educación es formar seres aptos para gobernarse a sí mismos, y no para ser gobernados por los demás.”*

Es por esto que cuando se habla de políticas de máximos, en cuanto al nivel de formación que hoy por hoy deben o no tener los alumnos gitanos, yo antepongo su formación como personas ya que una vez este desarrollo se potencie y se enriquezca progresivamente, el interés por lo académico será una consecuencia y cada uno, en su propia madurez y situación personal, será el que deba decidir hasta donde quiere llegar. Es cierto que este

aspecto en los adolescentes gitanos se complica más incluso que en sus compañeros no gitanos, ya que se enfrentan a una situación de conflicto y encrucijada cultural constante. Si además deciden ir más allá de las posibilidades que la familia en un momento inicial les otorga, deben demostrar que su decisión no restará fuerza ni responsabilidad de su ser y sentir gitano, lo que complica el proceso aún más.

Personalmente no pienso que la solución pase por un proceso de “agitamiento” de la escuela y sus profesionales. Está claro que siempre será positivo que la diversidad cultural alcance también a la plantilla profesional de los centros y que progresivamente podamos encontrarnos más docentes gitanos y gitanas, al igual que árabes, africanos, chinos o de la Patagonia si se diera el caso. Pero lo realmente necesario y fundamental, no solo en la escuela sino en la universidad y de manera general en la sociedad, es la inclusión de conocimientos y aspectos culturales de la etnia gitana, concretado esto en asignaturas que promocionen y divulguen la historia, los valores y el idioma de un pueblo cuyos prestamos culturales a la sociedad mayoritaria han sido incontables a lo largo de los años. Igual que se ha hecho con tantas culturas que forman parte de la historia. Es imperiosa la necesidad de conocernos los unos a los otros, para poder empezar a respetarnos, a reconocernos en una sociedad colectiva que a su vez ha de comprender la especificidad y la particularidad inherentes a los seres humanos. Esta inclusión histórica y cultural provocaría que con los años no se entendiera la cultura gitana como algo foráneo y extraño, sino como el patrimonio cultural que es y que a todos por tanto pertenece y debe enorgullecer.

Tenemos que esforzarnos por moldear los códigos con los que estamos acostumbrados a comunicarnos e intentar empaparnos de aquellos con los que se comunican las personas a las que atendemos y las que pretendemos ayudar. Como educadores y educadoras debemos y tenemos que preocuparnos por tener fuentes de información y de formación, diferentes y alternativas, debemos personalizar y hacer cercana nuestra práctica, e intentar abrirnos a la posibilidad de que sean los demás los que nos enseñen a ver el mundo de otra manera. Debemos introducirnos en su forma particular de entender su rutina y sus relaciones, cómo ellas se estructuran en un sistema comunicativo diferente del que estamos acostumbrados, para a posteriori trabajar hacia una transformación fomentada desde lo interno desde la realidad directa que les afecta e importa, si planteamos una modificación de pautas desde una imposición externa y ajena a sus sentimientos y pensamientos estaremos abocados al fracaso educativo. Como

educadores debemos mostrar un mundo lleno de posibilidades y convencer en un proceso natural de descubrimiento personal de que esas posibilidades son también tuyas si lo deseas. Así confirma el filósofo griego Hesiodo cuando dice que *“La educación ayuda a la persona a aprender a ser lo que es capaz de ser.”*

Tenemos que denunciar las situaciones de injusticia y aunarnos en un objetivo común de solución a éstas. Mi carácter y mi manera de entender el mundo y la Educación me llevan a ser idealista en este sentido, pero no por ello ingenuo, entiendo que estas metas demandan procesos lentos y en muchas ocasiones esfuerzos poco recompensados que frustran nuestras intenciones y las de aquellos sujetos con los que trabajamos. Sé que las realidades legislativas y gubernativas, que las situaciones sociopolíticas a las que nos enfrentamos y en las que vivimos, entorpecen y rechazan la lucha por el cambio que desde aquí yo planteo. Aún así sigo sintiendo que los cambios que se consiguen son aquellos que personas como el recientemente fallecido José Manuel Esteve afirmaron y se derivan de la persecución de los sueños y la confianza que en estos debemos tener a la hora de plantear la consecución de nuestros objetivos más nobles.

Para terminar sólo decir que a pesar de los obstáculos que surgen en el camino estoy convencido que no vamos tan mal en muchos aspectos, pues la conciencia social que se observa desde algunos sectores, ha avanzado mucho en las últimas décadas; existen muchas más personas que de manera voluntaria y altruista se implican en causas sociales y educativas que hace cincuenta años; tenemos, a pesar de lo que desde los medios se vende, una juventud más abierta, tolerante, comprensiva y solidaria; el sistema educativo, a pesar de las dificultades a las que se enfrenta, es más inclusivo y humano de lo que ha sido nunca. La Educación es un derecho del que cada vez más personas disfrutan. Es conveniente por tanto hacer ver a la sociedad el hecho de que muchos de los problemas a los que nos enfrentamos se derivan de avances que a pesar de su peso, importancia y profundidad pasan desapercibidos ante la masa social, quizás sea aquí donde se haga necesario una educación social de carácter general que nos permita entender cuales son las situaciones, conocer sus causas y comprender por tanto sus consecuencias.

Definitivamente puedo confirmar que mi conocimiento a lo largo de estos años me lleva a una disposición que me reafirma a seguir aprendiendo, en una ratificación de mis concepciones educativas y socioculturales, en una confirmación de mi identidad cultural

que se muestra más fuerte que nunca, en una motivación a seguir conociendo mi entorno y las personas que lo componen, para crecer así como persona y profesional, esforzándome por conseguir que, en ese crecimiento propio, otros lo hagan conmigo y que mi labor les sirva para conseguir sus propias metas y objetivos vitales, facilitando su desarrollo humano y el alcance de la libertad, en un camino que como fin último aspira y tiende, ni más ni menos, que a la tan deseada y tantas veces compleja felicidad.